

1999 *También en San Juan hace aire*, México, CONACULTA
(colección Práctica Mortal).

TAMBIÉN EN SAN JUAN HACE AIRE

NERA COINCIDENCIA

PROPORCIONAUREA

Que me acompañe

sin que me agorzome

que me agasaje

sin que me atosigue

que me apapache

sin que me empalague

que me acaricie

sin que se me encone.

Si Dios da cauces

¿por qué deja al diablo escanciar en los torrentes?

Si Dios da amores

¿por qué deja al diablo repartir entre los ritmos?

MERA COINCIDENCIA

Todos los acontecimientos aquí narrados son ficticios. Cualquier semejanza con hechos o personas reales, será mera coincidencia.

Vuelvo a comenzar por el final, romántica princesa,
para que vean a la huérfana con ojos más benévolos.
Planos de lugares, adivinanza.

Nada alguien todo cualquiera
 ninguno otro.

Una vez más sin renuncia, sin cautela.

*

Hay días de tráfico.

Otros

son un helado

un globo un pastel

limas dulces charcos en la calle

 día sin nubes

promesa que abarca en su acomodo.

Uno se reconcilia

con calles ancestros risas roncadas

alharaca tiradero calcetines sin par cierres de
edición.

Con los plazos no.

Allí, sólo el abrazo acorde

prospera y reverdece.

*

Claro sí venespero.

Camino apenas de cojito
en la banqueta de la obligación
llego a gloria, tengo tres casas juntas
un anillo de kermes y tus palabras.

*

¡Que no tuvieras
más obligación que adivinarme!
Mi coche se llena de agujas de pino
donde mis días se hilvanan al teléfono.
La ventana abierta es un paisaje en tu pared.
No hay tormenta en los dibujos.

*

Mi amor no admite la caradura del silencio
pasa sobre la solemnidad de la distancia
para hacerte reír con sus historias
(falsas todas por su truculencia).
Mi abrazo no se abrocha de pulseras
mi caricia resiste los jabones
la sonrisa extiende el tamaño de los pechos
la memoria del gemido queda presa
en la verdura de las plantas
y recibe al sol en los balcones
—ni los pasos, ni los números
arrendan mis euforias.
No se puede ser
tan rotundamente ingenuo en vano.

*

¿Cómo sacar la humedad de tu recinto?
¿ Cómo enfrentar la terquedad de lluvia en julio?
¿Cómo evitar en tu piel el musgo pegajoso,
o la humedad que tiñe de escamas las paredes?
¿Cómo desdecirse con claridad estando el día tan nublado?
Se hace pronto demasiado tarde.

*

Pasa un águila sobre mis pasos,
pongo ámbar y copal en las ofrendas
aprendo a encender luciérnagas
corriendo loma abajo
logro tentar a la niebla con un grito
—y no puedo hacer que estés tras de mis dedos
marcando impacientes las cifras de tu casa.

Por impacientesfuimos expulsados del
paraíso. Por impacientes no volvemos a él.

Kafka

Pasajeros todos
vivimos del lado opuesto del naufragio
a tumbos de ola.
Dices tu amor a mi euforia
levando anclas.
Pero se requiere algo más que un impulso atolondrado
para cruzar los mares,
pronto azotan las tempestades por mis sábanas.
Aunque toda ínsula podría ser tierra soñada
la calle es la misma
también las escaleras.
Sólo somos tan audaces
como permiten las costumbres licenciosas.
Nos amamos
(qué duda cabe)
fieles a la necesidad de calor
y al contacto de otra piel enardecida.
Pero nos gana el vértigo
al asomarnos a la hondura
y al saber que se trata
de empeñar la vida
no sólo de arriesgarla.
Tantas olas, tantos preparativos
y tan pocas razones de hacerse a la mar
a fin de cuentas.

Soy mujer de poca fe y profundos arrebatos.
Me empecino a ultranza en proyectos
destinados a mi propio olvido.
Pasajeros de mi cuerpo todos,
la misma escritura para decirlo todo,
la misma agitación ante cualquier presagio.
Yo misma negaré lo que mi abrazo
te vaticinaba.
¡Qué ganas de que tú,
tal vez, lo recordaras!

Niégate a la mujer araña y sus maniobras.
Niégate a ser objeto sexual en sus mazmorras
o personaje en sus relatos.
(Es ellos, metiendo sobresalto a tu reposo.)
No aflojes tu cautela.
(¡Que se vaya, dile que se vaya!)

Juega también tú a pisar su sombra.
(Déjate de dispendios, están por llegar los invitados.)
Eres comefuegos. No te dejes seducir por profecías.
Que no se te asome ni un filón de miedo,
sé audaz, sé temerario.

Hazla caer en su trampa vocinglera
no eres bufón de su comparsa, humíllale la entrega,
niégala, espíala. (Eres hereje, eres guerrero.)
Que no confíe en ella, hazla creer en ti.
Magnífico. Recuérdale que guarda su pasión
en cuadernos y en vitrinas. Hazla callar:
no podrá relatarte, vas de gane.

Estupendo. Agradece el hospedaje, no el consejo.
Ahí la vemos. Y, si además, también te ama,
ya chingas te.

Era insólito.

Por la piel toman calor del día los reptiles
—de noche, es bien sabido,
se convierten en laja, piedra, trozo de lava,
tronco o carboncillo.

Dejan la cola para salvar la vida.

*

Requiero especial conjunción
de lluvia y entrega,
de olvido y hambre
para llenar los calderos de la noche.

No puedo sino entrar
por un hueco a los cenotes,
inflamarme ante la luna.

¿O será cuando vuelvan
mi sangre y sus conejos?

*

Otra vez subir de dos en dos los escalones
de tu cuarto o de tu risa.

Añorar la levedad.

Despertar con el azoro de tu abrazo en mi cintura.

Harás el amor

sin decir su nombre.

Creí que entenderías que así llamo

a una manera de dormir

o llevar el contorno del relato en las ojeras;

que no podrías, qué remedio,

sino tener su eco entre los dedos.
Creí que había tiempo
para hallar razones en la lluvia
que golpea los techos
pedir disculpas, escucharlas.
Leer líneas cortadas en tu cama
que nos jala como embudo hasta el abrazo
¡tal golosina deslumbrante!

*

Alguna vez yo fui gitana
llevé cuanto tenía auestas.
Leí en las palmas la fortuna.
La mía la escribió el fuego,
con hollín, bajo el caldero.

*

Sóñaré otra vez mis muertos
y escucharé en la tarde las campanas.
Tu ausencia
me regresa a lugares inhóspitos y a monólogos inútiles.

Un rechazo
puro duro claro:
tal cristal.

Apenas me asomé por tu alacena.
Podemos amarnos sin conocernos casi:
no me he sentado ante tu mesa
y tú ignoras cómo ajusto los horarios.
Los cuerpos se dan con menos cautela
que las costumbres:
veo los libros de tu cabecera,
sé tu teléfono e ignoro tus fantasmas.
Sabemos llaves y cerrojos,
aprendemos cuál espasmo para tal caricia
sin poder siquiera imaginar los rostros de la parentela.
Sé tu cuerpo desnudo mejor que tú mis guardarropas.
Ignoro tus sueños y quedo a merced de tus insomnios.
Hemos hallado la perfecta conjunción de piernas enlazadas
y hemos de preguntar dónde se guardan los cuchillos.
Sé que tu beso es apretado y desconozco
tus atajos en la noche.
Sé tus manos en mi cuerpo y tu mirada en mi gozo:
pero sorprende la sangre de las sábanas
tu distancia,
ruidos lejanos que resuenan en mi vientre.
No cabes debajo de mi regadera
y no imaginas, siquiera, dónde se alojan tus rencillas.
He escuchado fragmentos de historia
que trato de acomodar donde entra tu voz
con agitación de agua o polvareda
—tampoco sé qué tiene que ver todo esto

con mi techo goteando

ni con el mes, que te llama tan de balde.

Hablo con todos. Nadie atribuye
a tu amor -talismán universal,
pata de conejo en el llavero de los días-
los ires y venires de mi euforia.
Tú tampoco.

Porque te amo y me da la gana creer que soy correspondida.
El amor es buen agüero.

Hoy tienen ritmo el sueño y el trabajo
hoy siembro en surcos húmedos:

el día es redondo como aro
asoleado como los mirasoles.

Hoy no pesan los deberes que acarreo
ni el espesor de los suspiros:

merezco este día si estoy enamorada.

La mañana es una rosca de canela
una gelatina con fresa

alharaca de aves a deshoras

un dedo en el betún de chocolate:

el café humea y contestan las llamadas.

Hoy no tengo familia, sólo hermanos.

El mundo no puede evitar plegarse

ante el argumento de mi amor

conozcan o no conozcan a mi amado.

Hoy todos son románticos, sensibles, nostálgicos, cercanos.

Hoy llevo poesía en mis bolsillos,

cosecho doblones de oro por las huertas

pues todos son usuarios del secreto que no digo.

Hoy hay carta en mi buzón y lluvia en los jardines.
Hoy no hay altos y mi coche corre.
Hoy no uso zapatos, sino ríeles.
Hoy no cuelo mis palabras
porque nadie reclama por las natas.
Hoy no me dan sueño las cervezas
ni trabajo las obligaciones
ni culpa la desidia
ni bochorno los halagos.
Hoy mis pies bailan debajo de la mesa,
ardo, soy doble fuego del zodiaco.
Hoy te llamas hoy.

Tienes la pereza
de quien trae la costumbre del papacho y de la huida.
Tu beso
desata jolgorio pronto entre los matorrales.
Bastaría
no pagar con cuotas de vida la usura del recuerdo.
La vida
es por delante mientras no se nos regrese.
Hablo contigo
y planeo actos de magia
para que de pronto te aparezcas.
Eres perezoso:
aunque compre limas,
aunque lea a Calvino,
aunque cruce los dedos
—pero baja mi sangre
cuando en mi cuerpo tallas
y restriegas con afán de lavandera
basta dejarme limpia.

*

El amor es astuto cuando requiere de hospedaje.
No lo eres, no lo das.
Convocas el milagro de la coincidencia y dejas al azar
o a mi buen entender la lectura de los signos.

*

...y la muerte.

¿Cuál es su casa?

Maldigo darte sombra en descampado:
me hacen invisible tu roce
tu manera de encomendarte a una suerte
que no prohijas ni segundas.
Abandónente todos tus aliados.
Te deseo
atadura en los pasos
frío y humedad en cada coyuntura
deseo no cumplido
resquicios de memoria en la piel
—y que lo veas.
Careces de la perversa premeditación
de quien conspira; ésa tiene intención.
Maldigo tu descuido.
No más lecciones —de nadie.
No más deseos de enmienda —por favor.
Dijiste: hay tiempo.
No lo hay.

*

Volver a echar monedas para adivinar el destino.
El futuro ya ocurrió.
Escuché en ti la que creías. No la indagaste.

*

Amo el relato
—con tal dosis de megalomanía.
Halago el humor, cada vez me llevas a tu cama
tu manera de desperezarte junto al cuerpo

tu confianza en que los besos reconcilian.

Luego lo odiaré.

Todavía no es luego.

Por eso la imposibilidad de irse
aunque sepa desde ahora
por qué lo haré llegado el plazo.

*

Se me vuelve simulacro cuanto te incumbe y tú no miras.

No quiero huecos. Tampoco tiempo

(chispacitos de eternidad).

Ni recintos (solía bastarnos la caricia).

Ni anillos. Ni promesas

(vuelve a tocarme). Ni palabras

(di mi nombre).

Déjame pedir:

tu potestad para convocarme hasta la piel

tu modo de hacer resonar

en mi vientre el caracol que alerta los sentidos

tu manera de acicatear mis ratos y amarrarlos.

Estoy hecha a la sequía: bastan unas cuantas gotas.

Estoy hecha al viento: no me enfardo.

Pido sólo cuanto hemos tenido. Lo insostenible:

lazos tejiendo señales sobre la araña tempranera

que el tiempo no intimide las sombras

hacer de cuenta que comenzamos un cuaderno

el nombre del otro encabezando una manera de decirnos

muy quedito.

Désenos ritmo y encontraremos tiempo.

Désenos gratitud y tendremos generosidad.

Désenos largueza y tendremos tacto.

Désenos huecos y tendremos espesor.

Désenos memoria para tener olvido.

Yo me pliego a mi más ancestral certeza:

si me tocas y aparezco, es allí.

*

El cuerpo,

ese gran teatro.

La sangre,

su metáfora circular y recurrente.

¿QUÉ HAY ENTRE NOSOTROS?

Pueblos que se van enrareciendo
tardes con esa luz por llover que pone cada cosa
en el rabillo de la carretera,
la nueva abajo, con sus carros de juguete
desde el Mirador.

Flores amarillas, lodo seco
una vía donde nunca pasa el tren
fragmentos largos de nieve en los volcanes.

Flor de nardo para los canarios
olas de trigo verde
lomas de chícharos floridos
un pueblo donde siempre llueve frío
sábilas en hatillos anaranjados sobre las cubetas.

Una montaña quebrada que cada año reverdece
en la última cima, guarida del contorno.

Hombres con sombrero en la parte trasera
de una pick-up abierta

perros y borregos
cruce de mártires y accidentados
con veladoras apagadas

ramos secos. Ruinas de adobe
y mi premurasupersticiosa que ruega a la providencia
que estés, aunque no esperes.

De regreso, sólo una línea blanca ante los faros,
la hondura negra que la luz no toca

y se cierra con las ramas tras el retrovisor
el destello del otro carril encandilando en las curvas
la lluvia dorada bajo los postes en el pueblo.
desierto entre semana
el cielo como resolana rojiza de la ciudad encandilada.
El ritmo del limpiador
y las llantas con su chasquido mojado contra el piso.
Volver es otra cosa. Creer que recordarás:
zumbido apenas en tu oído
o mi olor detenido de tu pecho.

La olla limpia. Dentro, hierve.

Fuera, todo dicho.

Descontentadiza alma sin sosiego.

Agobiados los ritmos,

los días son arcoiris ante el coche: nunca llego.

Quiero tener los ojos y las manos abiertas.

*

Vivir al día.

El alma viaja a pie

tengo el ritmo de la liebre

y el hábito de la euforia.

Ya no me tomo las coplas tan a pecho.

*

Ser larva

ser lava

se lava ajeno.

Se tiende dentro de las casas...

y aquí se rompió una taza.

Con tus enojos hago manojos; con tus
corajes, hago colgajes.

Canción ranchera

No tener nada del otro sino lo que accidentalmente se olvida
y luego es reliquia de cuando las cosas eran todavía amigas.

*

La luna llama.

Ave de paso.

Temporalero de mi cuerpo que llegó a la pizca.

Cigarra de la fábula.

Yo almacené los días y guardé las horas
para alimentar el frío y la premura de la tarde
que se despeña tan de pronto entre tus manos
tus pies sobre las bardas

o tus ojos ante los platos de una fonda.

La luna pesa, susurra, baña.

Tú estás lejos de la esfera del conjuro, bajo la misma luna.
Eres tal luz sobre mi techo.

Me nombras, desde la ventana.

Un conejo llama.

La luz tarda en llenar las cuadrículas.

Está peleada

—cuestión de ritmos—

la luna con las golondrinas.

Estoy por conceder

todo al primero que llegue a mi umbral
en la noche, si es creciente.

Dejaste el tacto en prenda.
Yo dejo puentes, dejo remeros.
Sigo y avanza la noche mientras mengua la luna.
No estamos a mano. Me queda, en la piel,
la huella de tu roce a contraescama.

*

Amor:

ensayo sin función.
Mi cintura recordará tu abrazo
mucho después de que yo lo haya olvidado:
me diste posada una noche, llovía
se me quedó pegada al cuerpo tu camisa.

*

El frío anda suelto.
Narro la muerte.
Soy de un lugar
donde los hombres son de a caballo,
caras y manos bordadas con punto de cruz.
Los abuelos ciegos sienten la resolana y el polvo de la
calle.
La muerte salta sin respetar la lógica del quebranto
y avienta huérfanos a un hueco donde ya nadie los mira.
Te emborronas,
te encabalgas a tanto otro recuerdo.
Tus ojos son los míos
jinetes enardecido tras la imagen de una virgen
sin temor a la muerte

que dejan todo a merced de aquellos ciegos.

Boca del infierno
trampa del cielo
horno de la tentación
recinto del apañe:
despiertas a orillas
del arrepentimiento.
Juro que no eres
mi pura terquedad.

*

Puedes usarme.
Pero no me ofendas creyendo que soy
tan idiota como para ignorarlo.
Pide mi anuencia y seré tu cómplice.
Pero no creas, ni por un instante
que no te sé.

*

El mercurio hubiera sido oro
de habérsele concedido tiempo.
La melancolía carece de razón
o de remedio, piel adentro.

*

El prójimo podría tener razón al ser injusto
pide que no lo confrontemos con argucias.
Acaso también crees las mentiras que dijiste.
Yo soy pobre de no darte lo que daba; tú, miserable
si nunca extrañas la rapidez, la ligereza.
Una bicicleta sin pedales

es un estorbo en el pasillo de los sueños.

No tengo en la piel el espesor de quien aguarda.

*

Deseo y nostalgia son gemelos siempre niños, hacen llegar al cuerpo la caricia y meten disturbio en el albergue de la resignación.

*

Quien cuida su vuelo lleva una jaula a las caricias y barrotes hasta la mirada.

Ser como en el cuento, hacer de los obstáculos algo bien distinto:

de un espejo un lago,

de un peine un zarzal,

del hermano tonto el heredero del reino,

de los equívocos un dragón sin lengua.

*

La suerte jamás ampara

a quienes no observan las costumbres.

Ser nómada:

levantar con premura los refugios

prender lumbre a campo abierto

dormir bajo el techo de la luna

hacer del lenguaje un territorio

saber despedirse sin quebranto.

*

Mi atuendo es bisutería tintineante

para el ciego que vende loterías en la esquina.

Tu susurro es el imán de los caminos,
barridos por el ocoxal desde tu patio.

*

No entiendo cómo apagas
tu alma de beduino y caravana
tu paso de gitano y dromedario.
Tu amor ha sido carrera en ancas
devoción de cristero
viaje al mar--todo esto, nada.
Eres el escondite de la memoria
y hay que dar con el zaguán exacto
de tu risa.

El cuerpo resulta por fin
tatuado con tu caricia
—roce de fronda, aleteo de jilguero.

*

Vuelvo como pez a desovar en tus orillas
sin conocer el oleaje que sólo a ti te azota.
Vivir mar adentro o tierra adentro o luna adentro.
Vivir adentrado no en otro lugar, como supones,
sino en el aire que recojo en mis zancadas.
Vivir al día y no llevar los pasos atados a la sangre.
Son bien distintas las capas de aire
que cortamos cuando la vía está llena de hielo
y tú la partes, como el sol,
con cuchillos largos de sombra mañanera
para llegar hasta mi sueño de oyameles.

*

Tanto trabajo hay en regar
cítricos por goteo en el desierto
como en desbrozar la selva
o ganar una parcela al mangle.

*

Sonsonete recogido de pasada,
retenido por quién sabe cuál mecanismo en la memoria
que nada tiene que ver con la calidad de la melodía
ni su aparente vinculación al alma.
Me quiero ir. No sé cómo.

DE NUEVA CUENTA

I. COMO MARIPOSA, QUEMADA POR AMOR A LA CANDELA

Informantes de Sahagún

Retornar:

los primeros padres rigen sobre
las aguas y las direcciones
—no crearon todo, ni de la mejor manera,
los hombres comparten la misma lengua
y deben caminar para encontrar su nombre.

A unos seduce la selva
a otros una dama vestida de rojo
pero el corazón cabe en el pecho
y corre tras una letanía de sapos
escurriendo desde la bóveda del cielo.

Quienes se creyeron a resguardo del diluvio
durmieron —desnudos o cubiertos—, se embriagaron.
Algunos siguieron al coyote por un lecho sin agua
y escucharon en el cauce de arena
murmullo de olas tierra adentro.

Las luciérnagas relucen.

El tacto reconoce el polvo de la piedra
que fue sostén del mundo.

El agua brota desde la casa del viento:
hay pobladores en las ciudades invisibles.

Embriagarse como tlacuache
quebrarse como tortuga
perder las sandalias en el mar como los pájaros
huir de la niebla hacia un río
donde los fósiles apenas se cincelan.

Oímos los cactus: son un grillo tras el aguacero.
Cantar nos hermana con los ángeles y los duendes del agua.
Nagual de urraca
 nagual de hormiga,
 el poeta se cree contemporáneo a sus
 orígenes.

II. MENSAJERO DEL CUERVO, SE DICE DE QUIEN LLEVÓ UN RECADO Y NO REGRESA

Informantes de Sahagún

No amarro en tu hamaca los hilos del sueño
ni la risa a tu sombrero,
no te resguardo del granizo bajo mi falda y aun así,
la flor abre su corola hacia el otoño.

Volver a robar el tizón con tretas, con magia
sin olvidarlo:
no todo metal es inflamable.
Un rayo de sol sobre un cristal
encuentra luz en el fondo de las cuevas.

La araña teje su red
como los pájaros entre tu casa y la mía.
Lanzas tu pensamiento hacia mi techo
pero nadie dice: ésa es la estrella.
El cielo parece tan cercano
que deberíamos sostenerlo con los brazos.

Cuando los hombres no ponían collar de recato a sus amores
las veredas eran un puro jolgorio de lujuria,
una gran gritería de arrebatos.
Dios conoció la ira y exigió alabanza a sus criaturas:
ninguna hizo caso a sus reclamos

y el vecindaje con la maledicencia
metió zumbido de chicharras por los surcos.
Ya no acabó el mundo.
Nos dejó a solas con los deseos:

Flores de papel
secreto abierto
amuletos enfilados
palabras.

Mil voces de zenzontle
mil plumas de murciélago:
galas anteriores a la soberbia y la caída.

III. LO INESPERADO, ADEMÁS DE LAGO SOBRE LAGO, ES EL JÚBILO

La emoción
también requiere una sintaxis:
el deseo sin ritual
es tan pobre como el rezo del impío.
El naufragio es otra forma de epopeya.
Ser ése: tal hálago.
No ser ése: tal terror.

(No sabíamos cuáles yerbas arrancar.
Los maíces no logrados
no son prueba: no han lugar.
No cuenta ninguna posibilidad abandonada
—sólo el abandono.)

Desbrozaría la selva
para sembrar tabaco.
Enfrentaría la muerte
—soy impaciente.
La luz es sorpresa
sobre oropéndolas y rocío.
El vuelo
esquiva el viento
pasa los cauces
canta con los follajes
se enreda en los arbustos.

(La noche muestra que el sol es mortal.
El águila tiene estrellas en el lomo,
la canción es venado, niño, coyote, cuervo, hoguera.)

No puedo orillarte.
El otro se excusa por su falta de clemencia
y aquieta el grito de su alma.
Nadie tiene remedio para la fe decepcionada.
Sólo un arrebató nos guarecería:
ahora también deben inventarse razones al olvido.

La indiferencia ante el milagro es pecado
dada la extrañeza de la fe:
atreverse sin argumentos
a aquello que no debe pronunciarse,
apostarle a lo insólito,
a lo improbable.
Los amores perdidos
cristalizan bajo la piel
—y no morir con el secreto a cuestas.

IV ESTAR COMO GRANIZO EN ALBARDA

Informantes de Sahagún

Tener arraigo por los sentimientos
y reconocer a quienes los detentan.
Si coinciden sujeto y circunstancia
brillan chispas de roce y sobresalto
sobre quienes se encuentran cerca.

Traigo urgencia de ganar la carrera
a la fantástica proeza
de hacernos costumbre uno del otro.
Cómo no agradecer tu presencia:
tal vez las mariposas sortean en su vuelo
burbujas invisibles.

¡Hace falta tan poco!
Verse visto en el lugar exacto.
Lo que es, no tiene nombre
—corre como canoa en los caudales:
orgullo y sosiego recinto y miedo.

No sabes dónde trinan los pájaros
tus pasos tropiezan con mis plegarias
echadas a rodar hacia tu puerta.

Sin saber sobre cuál materia ha sido escrita

una gota hace fluir torrentes
pero son otros los plazos
cuando se espera carta.
El agua escurre, no horada.
Una pizca de clemencia
otra de superstición alerta
creer que aún tenemos tiempo
y recordar que hasta los sueños más peregrinos
reposan en las coordenadas de la vida diaria.

Se me escapa el alma en sueños
armando signos.
Un río helado me cierra el paso.
Convalezco de ti pues
tu pecado es la avaricia
—no la lujuria, la gula, la pereza.

La fe perdida, recuperada, vuelta a perder,
hecha de palpitación.
No hay retorno
de los lugares donde se deseó a muerte.
Estás en el filo de la piel y del quebranto
en el apenas de mí misma, en su ojalá.
La más breve señal es un jardín florido
y colinda con la sonrisa
que prende un atardecer de cada pájaro.

Carezco de remedio.

La duermevela no cuenta con tu anuencia,
la distancia ve terrorismo en piel ajena
y tocas apenas el agua escamada a contraluz.

(He dominado el oleaje
he cosechado el oro
he caminado el cauce
he dudado.

Eres mi bienamado:
eres viento.)

Cabeza de Vaca de tu amor:
hambre, penuria y utopía.
Soy náufraga metida a caminante.
Nunca te has pronunciado
y llueve como quien se echa a llorar.

¿Disolución o cristalización?
Mitad de los sueños emprendidos,
árbol sin par en el territorio
del colibrí, de la retama
una sola orilla del bajial desparramado.
Soy mitad del presente fundador
que aún no llega.

V. ESTAR SIN TI ES LA SOLEDAD

En la fotografía antigua las imágenes, a contraluz, se colorean. Se encienden las velas de la vieja escena: las damas se sonrojan, los secretos escurren tras los abanicos, se sombrea el hueco entre los pechos, sobre los escotes. En la piel aparecen rutas escritas con tinta invisible: caricias, promesas de algún remedio contra el tiempo.

VI. EN UNA MISMA SEMANA SE CELEBRAN LA VIRGEN
DE LOS REMEDIOS Y LA DEL CONSUELO

Calendario Galván

Alguien busca mis huesos
en los escalones del infierno,
alguien quiebra las mazorcas en la mata
-los presagios, las alegradoras y los pretendientes.

Alma: llama al buho del insomnio
mete relámpago a la noche
grita regocijada
azúzalo, incítalo.
Ten plática, prende vela,
resguárdate.
Déjalo a solas con las palabras
 déjalo hallarte en sueños
 déjalo.

No cantas en las puertas del inframundo
 pero ciertamente aquello que veo en su salida
 es tu voz a contraluz.

Si me fuera dado vestirme de tu amor
resonaría en el ritmo de mis pasos:
el cuenco de tus manos se llenaría
de aromas trasnochados.
El árbol que canta

el pájaro que habla

el agua de oro -podría

llevar toda una vida.

CABO DE AÑO

En el cuerpo
tu ritmo, el diapasón del contrapunto
inscrito en la partitura de la euforia.

Sólo a ratos tocas el envés de mi palabra,
desplegada como júbilo en los macizos de las jardineras.
La copa del alcatraz se dobla y escancia en estos tiempos.

Tu renuncia sopesó un torrente en cada nube;
yo, dibujé las aristas
de tu silueta teñida de rocío.

Llueve fuera de estación,
escurren los trazos dibujados en el lodo.
Entre el sueño y la vigilia
cuelgan reptiles sobre el precipicio
y el vértigo aferrado a la prudencia.

He tocado a tus puertas
desde los botones de tu camisa
—son demasiados los cerrojos
porque te arraigas sólo a un hábito.

Intenté quedar a buen resguardo bajo techo
—pero el agua busca.
Y tu. cerraste el círculo concéntrico

quebrando la luna en el oleaje.

Se abrillanta o se enlama la piel bruñida de las rocas,
se pinta de líquenes, se oscurece de agua.
¿Por qué habría de servir de espejo al cuervo,
de tapa al tesoro del relato,
de entrada al inframundo?

Me haces a tu modo: no me gusta.
Cuánto abatimiento de capullos,
cuánta erosión de viento sin carretes,
cuánto salitre de tierra deslavada,
cuánto cauce ante el quebranto de los truenos.

No hallo atajo en la penumbra
ni cómo asolear los cuencos de la ofrenda
ni qué decir ante el aguacero desgajado
sobre las madreselvas.

Hoy llegan años y deudos por racimos
a calentarse las manos con las velas,
se arropan en hojas de maíz, comen aromas,
pintan sus caras con achiote.

Hoy vuelvo a ser entera y una, no la mitad del sueño.
Tierra adentro, grito marejadas
ante el altar de difuntos

y canto nuestro cabo de año.

FENG: ABUNDANCIA/RAYO SOBRE FUEGO

I Ching

Apenas había dejado de llover. Centelleó un rayo.
En el lugar donde la mujer
fue vista por el hombre se encendió el fuego.
Las aguas escurrían sin hallar su lecho.
Donde la mujer descubrió al hombre mirándola
se abrió un primer tajo de barranco.
La mirada señaló la distancia.
Entre el reconocimiento y la caricia, secaron las tierras.
De aquellos pasos surgieron cantos:
fueron los primeros caminos.

Las aguas se habían separado de la tierra.
La anticipación agitó sus cuerpos. Para darles aliento
retrocedió el horizonte con índigo de aurora.

El borde de la jicara del cielo se elevó
y el sol en el cenit marcó el tiempo del primer abrazo
de sus gemidos tomaron vocerío las fieras
el afán de penetrarse fue ejemplo de raíces.
De sus miradas aprendieron vuelo y plumas los pájaros
de su miembro en ella, el nado peces y delfines.
Del roce de los dedos heredaron hábitos y nombre los
reptiles.
El orgasmo formó las estrellas y prefiguró la muerte.

Unidos los pechos, vio cada cual
media parte del paisaje, tan vasto como alcanzó la vista:
un doble vértigo empañó sus ojos
incapaces de contener tales distancias.
Las montañas se elevaron para darles un valle por resguardo.

Quien fumaba miró en su corazón y estuvo contento:

"Así se harán las descendencias: crezcan las especies,
puéblense aire, agua y tierra en todos sus resquicios."
Tenía la canción. Su soledad espinaba
y su excitación halló alivio entre las nubes:
se concentraron los tintes del crepúsculo
y dejaron caer entre sus huecos un dardo luminoso.

Fuera, todo queda a oscuras.
Se pintan los árboles a contraluz
llaman los brazos de las camisas suspendidas.
Al sonar el trueno llevo mis manos a los oídos
como al principio de los tiempos.
La flama de la vela
tiñe de rojo la orilla de tus dedos.
Me abrazas, dices mi nombre, me consuelas:
—Hay muchas versiones de los mitos,
pero allí siguen las montañas
brindándonos hospedaje entre sus faldas.

CHIN: PROGRESO/FUEGO SOBRE TIERRA

I Ching

Tenía que robarlo, como los héroes.
Tenía que llevar su marca como emblema
de la contienda y de la astucia.
Tenía que mostrarse, incendio visible
entre los días y las noches.

La primera luz centelleó en el firmamento
y tuvo la voz del trueno
el estruendo desconocido y luminoso del relámpago
el azoro ante grandes cerros despeñados
la quemazón en la copa de los árboles.

Apenas entrevisto bajo el terror de la tormenta
se anunció el fuego.
La tierra aún acomodaba los pliegues de sus faldas
medía las alforzas de sus desfiladeros;
estaba por secar tanta humedad de ríos buscando cauces
o escurriendo empecinados hacia todo hueco.
El día era un tedio sin jornadas y sin sombras.

El tlacuache arrastraba su cola;
en su borrachera trazaba el curso de las aguas.
Y las montañas dejaron ordenar su flujo
y siguieron sus pasos: huellas de cinco dedos en las lajas.

A contracorriente iban sus deseos encendidos
demasiada era su soledad, su frío
demasiado su afán de ser un cantador de rituales.
Fue él quien encontró la ruta hacia la casa de los rayos
con el recuerdo de la luz deslumbrándole en el sueño.
Fue él quien siguió los destellos
que aparecían en sus párpados al apretarlos con las manos.

Las puntas de flecha, despostilladura de los truenos,
indicaban la proximidad de su recinto.
Avalancha de piedras: sonido de agua cuando pocas,
de lumbre crepitando..
El olor, el humo formando nubes
y el lloro de la resina sobre las costras del ocote
aparecieron ante su vista encandilada.

Lo cuidaba. Podía verla al otro lado de las flamas
pintada y roja detrás de tanto tronco.
Se levantaba para calentar su espalda
y su sombra larga se perdía
en la incierta negrura del inicio.

Dicen que cantó una lumbrada completa
dicen que supo encontrar el ritmo exacto.
Esperó a que las llamas menguaran
y la vio guardar, dentro de ella, la brasa encendida.

El abrazo era reforzado por la cola
alrededor de la cintura de esta madre
virgen ardiente, roja abrazadera.
Entre sus piernas, bordes de cactus nuevo;
destiñó hasta pintarle huellas iguales en la coronilla
y como en barro blando
dejó la marca del remolino en el ombligo:
la piel se cocinó y su labio se pegó a este cuenco nuevo.

Y en ella se incendió. Robó su fuego.
Lo dejó robar, su vientre se había abierto
en la cocción, horno lento de la espera y el deseo:
y la alcurnia de su padre perteneció a todos
cuando se repartió la lumbre.

Había dicho: para siempre estarán a mi lado,
cocerán los alimentos y los jarros.
El tlacuache tendrá cola pelona.
Ella cuidará siempre de avivar los destellos
del lucero del alba y del crepúsculo.
El sol tomará ejemplo. Sí, viene ya detrás del fuego.

Debes hacerle casita para que no se lo coma el
viento,
no ahogarla con demasiado combustible.
Debes soplar suavemente, en el punto exacto:
concertar tu boca con el lugar donde pones los ojos

esquivando cenizas y humo para no llorar en vano.

(Cuidate de leer sus silbidos y silencios

cuidate de querer trazar sus dibujos

o acomodar sus combustiones.

Cuidate de hacer el amor junto a una hoguera.)

PROFECÍAS. 1985

Infortunios muchos nos aquejan:
caen los árboles, secan las hojas
y las aves. Calla el amanecer
escasea el agua y sólo salitre
y cieno hay en la sed.
Se resquebrajan los cerros con furia
y los rieles enterrados
abren su sepulcro y apuntan a la luz.
Cae el polvo, caen las piedras,
perecen los hombres sin consuelo
y las ruinas apagan los lamentos.
Salen de sus cauces los ríos enterrados,
vomitan las alcantarillas
ratas y desperdicio.
Sobre la ciudad, una cúpula
verdosa sobre el cielo
que no es plegaria ni imprecación:
sólo la gran columna de silencio
salida del corazón del mundo.

LEUNAR

Vimos florecer todos los peyotes
bajo una sola gobernadora y ofrendamos.
Vimos abrirse y retroceder los caminos:
inmensa araña apresurada y móvil.
Vimos escurrir la cera entre las piedras
y hundirse sin ruido con las flechas.
Vimos las espinas clavar la luz de la hora rasante
y a los mezquites llamar con chiflidos
mientras los pasos se enredan
en madejas de calor desde la tierra seca.
Vimos casas que no existen del lado del poniente
y a un viejo con camisa roja
hundirse en ellas y borrarse con la tarde.
Una mujer con sombrero de paja salida de una foto antigua;
desde viejas líneas extendió una taza de agua
—su sonrisa afirma que nunca nadie está perdido.
Vimos en el cielo una espada púrpura abrir el paisaje
y miramos lo que debe recordarse.
Nos vimos uno al otro.
Sentada bajo tu sombra
oí la melodía que bailabas. Te vi dibujar la silueta
de un coyote contra el horizonte.

El crepúsculo saltó y dio vueltas de feria en el camino
cuando la plática del chofer empolvó
notas rancheras de acordeón

a orillas de la entreluz mortecina más temible.
Oímos un tren ensordecedor que nunca vimos.
(desde las ventanillas alumbradas los pasajeros
asomaron sin mirarnos), la estación corría apresurada
y temblorosa tras los últimos vagones.
Un hueco de oscuridad se aclaró
apenas pusimos los pies en su límite de sombra.
Los cigarros dibujaban y cayeron con sobresalto
cuando alguien salió a orinar ríos inmensos
que salpicaron las cunetas.
Caminamos a orillas de un pueblo
que nunca se silencia y detrás de cada cerca
nos delataron los gruñidos furibundos de los perros.
Un aleteo nervioso esperaba debajo de tu abrazo.
La canción detuvo aquel jalón de grito
llegado desde la distancia.
Conté una historia, susurré hasta oír
una tonada en el ritmo del aire caminando hasta tu pulso.

El camino cruza la memoria sin recuerdos
en la cueva del viento.
Abajo, la extensión abierta es siempre
más redonda que cualquier mirada.
La tierra es líquida bajo mi cuerpo,
como las nubes que refleja.
Oigo a las lagartijas.
Las hormigas pasan sobre mis dedos sin notarme.

El sol derriete los saucos y derrama su olor a bocanadas.
Oigo fuego crepitando a lo lejos,
olor de naranjas y agua que escurre desde las gargantas.
Los halcones sobrevuelan la cañada y dan espesor a la
ladera.
No hay envidia, los contemplo rebanar capas del aire
sin mover las alas.

Vimos que deben atenderse las ofrendas,
colas de lagartijas negras cruzar
como manecillas los cuadrantes
y que ningún cuervo lleva prisa antes de la tarde.
Vimos en el norte más silencio;
deben bordearse los altares, el suelo
presta fuego al caldero de la niebla.
Enfrentamos el frío que se clava como espina.
En tu gorra el arcoiris de estambre enrojece
como la tarde, viajando en el lomo de los trenes.
Las aves pasan sin quebrar el paisaje,
y la estampa inmóvil nos cobija en sus dobleces.
Luego las palmas tiemblan con el viento:
todo vibra al son del zumbido de las moscas.

Abajo, el corazón del cerro es emplumado
come lumbre hurtada al sol
viaja hacia el centro con velas azules
en canoas encendidas sobre la penca de maguey

donde se resguarda la flama
y el caudal escurre hacia espina madre:
llora gotas de copal y liquidámbar
ante quienes fueron salvados del diluvio.
Detrás de nosotros no hay relatos,
se prenden a las suelas sólo señales vírgenes.
Hay que andar dentro del agua detenida
en las arrugas de las piedras
para desagitar la violencia de la hora,
o hundirse en un santuario hembra
para borrar la huella entintada de tantos animales negros.
Es inútil adornar los dinteles de piedra con plumas
pues su contorno se corona con un halo
de heléchos extendidos.
Pero debe mojarse la piedra para reavivar el liquen
antes de cruzar los cauces agrietados.

Siempre hay penumbra en las hojas de los álamos.
Sólo quien deja señales al subir
puede escuchar las campanas al vuelo entre los chivos,
asomarse a ruinas pobladas de duraznos florecidos,
al agua entre la lama verdísima
y el azul imperio de los agapantos,
para cruzar con devoción los puentes.

La estrella de la tarde se coloca
donde el sol comenzó su gritería.

Estamos a solas en la piel.

Allí rebota cualquier roce, tu caricia pega
como cubo desquiciado desde un brocal ardiente.

El queso de tuna es un charco con cieno
entre el paladar, los ojos y la lengua.

En los túneles resuena un clamor sin nombres:
las veredas y los atajos multiplican la sangre
y su galope bajo un fuste enardecido.

Hemos violentado el silencio con llamadas.

Ahora, apenas nos toca todo este jolgorio
pero pisamos cautelosos las fronteras del frío.
Solos o juntos. Aparece el cuerpo con el destello
que la mirada del otro frota en sus aristas.
El júbilo nos recuerda: es domingo y carnaval
hay novena y comunión.

Cosquillea entre las torres de mis piernas
una campanada, se quiebra en dos la noche.
Señora de la Consolación y del Socorro,
recibe a los devotos.

Oigo tu paso mientras subes a zancadas en mi sueño.
La luz vuelve a colarse entre tus manos,
tu sombra alargada es cobijo y me resguarda de la noche,
cae cálida y se desenreda entre yucas, espinos, estrellas
fugaces
aullidos lejanos y aleteos inciertos

salta sobre una piedra transparente,
que cae de los dobleces de tu ropa.

Un cantador sacude las ruedas
y grita sortilegios al cenit engalanado.
Mi pelo reluce como biznaga
y parpadea aún en el borde de las nubes.
Un suspiro atrae el viento hacia las cimas.
El frío se queda entre los cerros
para hacerse niebla en el sereno.
La cúpula del cielo se ahueca, sobre ella ruedas,
y pones canciones entre la algarabía de los zanates.
El silencio no pesa. Todo calla.

TAMBEN EN SAN JUAN HACE AIRE

FRAGMENTOS DE DIARIO Y HOMENAJES

Nadie tiene derecho a renunciara un don concedido por el
cielo. Pero
todos se equivocan al reconocer su origen. Es como una
enfermedad—dice Rublev—, hay que reconocerla, antes de
curarla, saber que es ajena para poder hacer algo con
ella. Pero debe verse la claridad, la luz—tratar de emular
su brillo, su carencia de interés, su ausencia de razones.

Tarkovski, Andrei Rublev

Con cuánta fe pronuncias herejías
sobre una oración que habrá de renovarse,
con cuánta diligencia el hospedaje.
Yo creo en el amor a cielo abierto.
Hacer el amor
y prometer cielos abiertos.
Ofrendar desierto a la pura intensidad.
Soy peyotera —para que me entiendas, pues.

*

Tengo el corazón desobediente,
la piel necia.
¿De dónde se atenaza, el alma para encaminarse?
¿Por cuáles hilos corre la fantasía
—gota de rocío sobre las telarañas?
¿Cómo supo el tlacuache dónde estaba el fuego,
entre quiénes lo repartió?
Y tú, ¿dónde quedará el tiempo

que alguna vez llamaste tuyo?

*

Dejarás reposar el agua

sin precipitación de lodos o de confidencias,

sin charcos anegados ni claros sentimientos.

Dejarás al leño convertirse en brasa

antes de fundir ningún metal o de iniciar forjas tempranas.

Dejarás quemar la yerba con esperanza

de aguacero pronto para atajar incendios,

pues algunas piedras se inflaman

con las más enconadas devociones.

*

Comer mi fruto te hizo huésped

—no agricultor ni parcelero.

¿Cuál caldo, cuál puchero

con tanto retazo

y a tan vivo fuego?

No como hombres, sólo los cocino.

*

Se puede brillantar la luz,

pero debe lustrarse con otro cuerpo y así pulirse.

*

Me sientes revolotear

alrededor de las velas:

polilla o ángel de la guardia

premonición o halo que concede tu mirada

a quien camina a trasluz por esta noche.

No sabes cómo guardar todo esto
en la alacena del recuerdo o las costumbres
—no alcanzan floreros ni lapsos, abrazos ni palabras.
Intenta sacarte de encima el desconcierto
que cubre tu piel de pronto como el escalofrío.
Demasiado aturdido
para atender a un soplo o sopesar un gesto,
demasiado ignorante
del juego de tramoyas para reconocer
el paisaje tras la orquesta,
demasiado cansado
para cualquier intriga con el duende
que dicta tus respuestas más antiguas.

*

La solemnidad es contrapartida de la estupidez. Un reloj
parado indica la hora exacta dos veces al día. Un pozo sólo
centellea una vez a mediodía.

*

Señores y señoras, tenemos ante nosotros un caso único. ¡La
GRAN araña caníbal! Dígale al público, ¿desobedece siempre a
sus mayores? (¡No meta el dedo, señor!) Y sigue aquí, medio
siglo de función inigualable. Capaz de transformarse en ave,
en pez y en gran reptil, toma casi siempre la forma de
GRAAAN araña. Véanla en persona: como en el periódico, como
en la tele, como en las perfumerías. La GRAN ARAÑA PATRAÑA.
Entrada libre con su boleto al circo. (La araña en realidad

es la equilibrista, cruza las alturas, varilla en ristre,
por el alambre de la ingenuidad.)

*

Cualquier cosa quita el hambre,
pero ninguna arrienda estas ausencias.

Creí en este amor:

si juras que no era cosa tuya
te inflamarás como alma en pena.

*

El tiempo ahora no admite confrontación con los relojes.
Paulatinamente se convierte en lapso acuático.

La fantasía mórbida no acepta ser plantada
pero flota sobre el agua:

es como mosco, habita el aire,
desova en el estanco, hurta el sueño,
hace zumbar el desvelo,
es ave de rapiña —y colibrí también, es cierto.

*

La soltería de las mujeres es otra cosa:
por todos discutida, de todos reformable,
siempre dispuesta a desdecirse.

Tan frágil trinchera
amenazante y endeble
confortante y cerrada.

Santa Patrona canonizada por cada feligresa
con penitencias imposibles, mandas agobiantes,
veladoras incendiarias.

*

No forzar la cerrazón propia del claustro,
no apelar a deseos no beligerantes,
no salir de la piel al primer toquido.
La cautela cierra la cueva del tesoro
y olvida una palabra mágica y pequeña: ajonjolí.

*

Entraste como rayo de luz por un hueco y alarmaste a los
fantasmas denunciados. Has caído al cristal por el borde que
corta el tamaño del recuerdo.

*

No se arraiguen los matorrales bajo el aguacero
para después desbarrancarse.
No se dispendien los frutos ni se propaguen las yerbas.
No haya madera más dura que el mezquite.
Busquen las plantas de los pies
el polvo más fino que habrá de prestar aureola
a los romeros en la noche,
bajo el plenilunio.

*

Los ancestros, al regresar los astros a su orden con la
salida del sol, se petrifican —son relieves, son relatos. El
sueño es el refugio de los seres negros. Y las pasiones
idas, ¿a dónde se fueron? Y los amores eternos, ¿dónde
quedan?

*

Tenía nágual de lluvia y no hallaba cómo serenar su agua
Desbrozar la milpa:
perdido el sortilegio se vuelve a enmontar la sementera.
Aunque alargue las orejas del conejo
robe el vuelo del correcaminos
pinte de azul la cabeza de las garzas
o regale ojos al ratón
se levantan los árboles, se levanta el bejuco
se enyerban y se enjarran los surcos.

AL MODO EGIPCIO / DÍA DE SAN JUAN

Sin tu roce la humedad carcome el hospedaje
se traban cerrojos y candados
se enreda el pelo a las hebillas
ruedan al suelo las cuentas de todos los collares.
El día más largo es el día más largo
y se apaga el incendio del crepúsculo
—no corre la arena en los relojes
se atasca la tinta de las plumas,
el reposo del sueño y la sazón de los platillos.

Sin tu labio trazando el contorno del solsticio
titubea el ayuno ante los altares
los años deshojan corolas golpeadas por granizo,
se llena la boca con el corcho del descuido
el tedio deshila los atuendos
los frutos de la ofrenda se empapan de vinagre
se pudren las semillas en los surcos
y escasea el sustento en la cocina.

Entonces, ¿cómo no llegar,
si cuanto adorna la mirada
está a merced de los naufragios?
¿Cómo, entonces, formas un puño
si la palma de tu mano traza
coordenadas y sextantes a las noches menos breves?
¿Cómo cierras los ojos

cegando los pozos, igual que en la casa del difunto
o en el recuerdo de las viudas?

¡Que encontrara en ti una grieta por donde escurrir,
que una sola frase de la epigrafía se leyera!
Las palabras caen en territorio duro
—pero hasta en las rajaduras de las calles
crece el pasto.

*

Ríos de ira,
ríos de sangre,
ríos de vida se me escapan
bajo la falda limpia.
¿Por qué tal inclemencia de memoria
llegando hasta los sueños?
Poder llorar a nubes, a charcos, a gritos.
Volveré a ser la misma
—las mismas caras, la misma gente
las mil máscaras, las mil... y una noche.

DUELO

No retirarse, porque el contrincante no está a nuestra altura

no declararse vencedor alegando proezas anteriores

no envanecerse o dejarse intimidar ante la fuerza del contrario

(haz caravanas al pavorreal, no seas rencorosa)

sin sumisión voluntaria ni respeto irrestricto

sin interrupción ritual de la contienda.

No examinar el territorio en prevención de retiradas

no repetir las reglas de la lucha

no escuchar consejos ni recomendaciones

no retar por vías torcidas

ni en atajos dictados por la prudencia solterona

en las trampas del chantaje o los pozos de la conciencia

no entretenerse en bravuconadas extensas

que los demás doblegan apelando a la concordia y las razones.

Una madriza de aquéllas: a matar y sin lecciones.

Una santa madriza de aquéllas.

Caigan los collares, callen los mirlos.

No es tragedia, apenas melodrama.

El puro corazón desnudo y obcecado,
tan desprolijo, de oropel —con su flecha traspasándolo:
corazón herido de escapulario o lotería.

*

Los hechiceros hablan donde está el eco —también los
enamorados; finales de sus palabras los halagan, les hacen
creer que son correspondidos.

*

Llegar al lugar donde el sol bebe agua. El día más largo.

Pimas

Te esperé como doncella codorniz, doncella golondrina,
doncella primavera.

—Yo hago llover —dijiste.

—Te alumbraré con relámpagos quebrados.

—Yo soy nube y corro —dijiste.

—Yo bailo en remolinos alrededor de los ejes invisibles del
sol.

Amaneció seco el día de San Juan. El sol dio vuelta y nos
separamos donde el pozo bebe solsticio a mediodía. Miramos
las estrellas.

La siguiente lluvia no cantó. Era la fina llovizna del
olvido.

*

Ese resquicio donde resuena el alma a veces
donde todo tiempo se dice para siempre
donde se dora la punta del dedo
al rozar el atuendo del milagro.

Perder el nombre
irse a lo inculto
exponerse al fuego.

¿A qué te inicias?

Nada te contiene
y no existe el amor si no te amo.

—¿Además?

—No hay ademases. Ni siquiera los tuyos.

LIMPIA

Vacíate, haya huecos.

Ponte en manos de la tarde o del santo patrón
no en las mías, llénalas de arena.

Sal de ti.

La luna hila.

La envidia hace pájaros a las tortugas,
pone picos afilados en la boca de una rana,
da vuelo sin plumas a los murciélagos cada tarde.

Cáiganse los cielos,
escurra el agua y seque el cuerpo,
púdranse las huertas de las buenas acciones
—nada es cierto sino tu descuido.

La muerte viene en racimos
la muerte crece en macetas
la muerte nos orilla a la oscuridad
la muerte nos deja a solas.

*

A veces llegamos a un recuerdo como quien pisa Tierra Santa.

*

El amor no obliga:
llénalos días de orgullo
el abrazo de agradecimiento
las manos de riquezas
los ojos de destellos
—fecunda el alma
y sus alrededores.

*

Es bastardez
creer que otro nació para sembrar nuestros plantíos.
Es bastardez
creer que el otro es cuerpo, afecto y tiempo
donde uno entra y sale como Pedroporsucasa
y toda dádiva es dictada por el contentillo.
Es bastardez

tal falta de memoria, tal estupidez del alma
tal cualidad roma en los sentidos
tal vulgaridad de los propósitos:
contigo soy objeto, rapto, violación, sequía.

*

El país está en guerra, también nosotros.
Cada cual decide su bando
y tú no eres del mío.

Soy incapaz de recoger mis pasos en tu piel
de peregrinar con fe
de olvidar la manda
de participar del castigo
de soliviantar tu fuga
de repetir tu nombre.

El día es nublado y perdí el rumbo
—con la fe en los procedimientos
los dictados de la piel
y el espesor de las caricias.

De nosotros queda
un hueco en el calendario
y una confesión ante las beatas de los templos.

Los grillos cuentan una parte de la historia.

Otra, el zanate y los jilgueros.

El murciélago y el buho

saben la doctrina.

El único que conoce el mito

de cabo a rabo es el gran cuervo:

cuando abre el pico, sin voz,

sólo lo escuchan sus aliados.

El coyote le aulla a la luna.

Nació un domingo siete o alguno de los días aciagos.

Reconoce su voluntario sometimiento al imperio del conejo

cuya carrera es tan veloz

porque debe adelantarse para tender la trampa.

Ninguno de los dos conoce el sosiego o la renuncia.

El bufón jamás tiene más furia que inocencia.

Carece de orden. Mira de reojo

aleja a todos al hacer su magia

habla con los objetos, hace la guerra.

No es culpable sólo celoso

no es místico ni frivolo, sólo dejado.

Da amuletos tras hacer el amor

y al día siguiente los roba.

Malcriado, indecente

usa el miedo del rival para curarlo

su tontería para perderlo.

La vanidad es arma de discordia y ruido.

Exige reglas que no cumple, promete en vano.
hace ondear banderas de papel
desde el asta de su falo
que tiene mente propia: necia, de ideas rígidas.
Se disfraza, entra a cuerpos ajenos
cambia de sexo, se quema, revive.

Y el hombre y el mundo
no fueron creados sólo a semejanza de los dioses,
sino a causa de los estropicios del bufón
—a mí debe haberme hecho una liebre en celo.

Es coyote este amor,
inmortal a pesar de las heridas y mutilaciones
de las muertes reales o fingidas.
Pronto a creer, a pesar de tantas decepciones
siempre equivocando las fórmulas por la premura del deseo
inocente a pesar de los crímenes
fiel a la luna, no obstante los ridículos:
los amantes son anécdotas múltiples de la historia
ilustraciones del destino inalterable
circunstancias necesarias para la renovación del mito.
Coyote es mentiroso, sagrado, medicinal y rápido.
El otro cree —y sobre tal fe, el mundo existe.

Pero de eso a comer queso en la laguna, mi estimado...
ya vi la película:

y sea cual sea la versión, el coyote se chinga.
Poco importa si es junto a la hoguera,
en el relato o en la tele (bip-bip),
de que se chinga, se chinga.

Si nos fuera dado narrar
la luz del alba entre las hojas tiernas
la primavera picoteando tras los vidrios
la cautela del tacto cuando las voces se apagan
la mañana nublada en la entrevela
la mirada tras cortinas de pelambre
y los rayos mañaneros sobre la terraza
nuestro amor carecería de secretos
pero tendría en su haber una sonrisa.

Si pudiéramos decir
el gesto cerrado de las tardes
la inutilidad de las citas
el reloj de arena de la espera
la úlcera del olvido
o el tintineo junto a los teléfonos
nuestro amor carecería de razones
pero su sueño sería más tranquilo.

Si pudiera rastrearse
el hilo largo de la oruga
un argumento a través de la sordera
una promesa en la ruta del olvido
nuestro amor podría cobijarse sin congojas.
Pero sólo hay un espejo roto, café frío,
pasión arrepentida, día nublado.

Se marchitan los pájaros en los jardines
el clima carece de clemencia
salpica por los charcos
cuando uno se aventura en la intemperie.
No caben argucias para sustituir
aquello a lo cual renegaste:
es chubasco sobre las mercadelas
y frío en la punta de cada uno de mis dedos.

*

La pasión no acepta ser recalentada, debe comerse en su
punto

*

¿Alguien pronuncia,
de veras, el nombre de su amada
en el lecho de muerte?
Más bien, el puro azoro de irse borra todo.

*

El candor no aprende:
es absoluta falta
de experiencia acumulada
antes de levantarse
al día siguiente
en cama ajena.

Renuncio al plato de lentejas
y a las lentejuelas.

A la providencia y a sus dones
a la vanidad de alivianarse,
al ruego de hacer el amor o de no hacerlo:
te devuelvo tu fuerza
y renuncio
al cautiverio del júbilo, del baile y del
crepúsculo.

Renuncio
a mis alas, visibles sólo en los espejos

Renuncio
a cargar el mundo como estúpido coyote.

Renuncio
al arremedo y la sorna presidiendo las meriendas.

Renuncio
a la servidumbre de la pasión, a la política
correcta.

Renuncio
a la vanidad de seducirte.

Renuncio
a mellar las certezas y enconar heridas que supuran.

Flaco orgullo no abdicar.

No era para tanto.

No soy princesa de incógnito,
sólo peregrina mojada sin chicharos bajo los colchones.

*

Yo le sigo apostando a la vida.

Vivo en un corazón que no se muerde los puños,
pero resiente muy mal el aguacero
en territorio de la ingratitud.

Uno se va cuando se va,
lo demás sólo es el adiós sin fin
salir sin cerrar la puerta o el que mucho se despide...

*

Y si todos los camaleones contaran con infraestructura,
Coyoacán se extendería hasta Chapala. Se es vieja gorda,
independientemente de la edad, el peso o el sexo (la
gimnasia, la renta —el psicoanálisis, las razones).

*

Reclamaba la alianza con una esfera exclusiva de entendidos,
la certeza de que tal intensidad no puede equivocar los
cauces, de que las limpias curan; creí en el llamado de la
sangre, en la solidez de las generosidades, en la bandera de
las causas y en el perdón de los pecados.

*

Este viaje al alma es inenarrable,
pero amar es uno de sus nombres.
Así se hurtó el fuego.

*

Quiero ser la niña de tus ojos
la luz de los altares
la potencia del apóstol
la mirada tibia y el jolgorio mar adentro
—el zumbido de la tarde sobre el cacomixtle agazapado.
Quiero ser la palabra cacomixtle
subir montañas por la contragua del viento.
Quiero ser la niña y García Lorca, quiero.

*

¿Por qué hoy, precisamente, caen los lazos de mi muñeca,
resuenan cristales rotos desde direcciones opuestas?
Podría ser que perciba apenas el murmullo, el eco, el
vaguísimo ruido —casi lo invento— del enorme engranaje que
mueve la maquinaria del cielo estrellado.
Entonces, estos accidentes fortuitos a los cuales mi vida
concede cierto peso serían un aviso —apenas como silbato de
perro, inaudible pero irritante— para poner en guardia al
alma.

El interior de un árbol
el corazón de un sueño
la veta de una piedra.

Un abrazo en descampado
el desvelo
el llamado
y su desasosiego.

El abandono es blasfemia.

El otro, ¿puede tener la misma revelación?

Lo que no puede es ignorarla.

Allí, uno cree, cae de rodillas, se abisma
—así de tarde, los milagros llegan.

Y de no saberlo, me pudro,
y mando todo al exilio
con quienes creyeron que la voz de Dios
era un puro vértigo pasajero.

OTRA LIMPIA

Se me lastimaron las orillas de la sombra
se me fue el alma -llámese como se llame.
Estoy desanimada y no tienes remedio para eso.
Fue preciso abandonar la visión del fuego.
Por eso el frío, por eso el tiempo.
No tengo ánimos.

Enhechizada de mí misma
robada en un camino angosto
amenazada en los túneles
y a merced de toda tentación
de naturaleza no regimentada.
¿Cómo llamar el alma?
Suéltense; córtate. Enciérrame, restaúrame.

Las rejas contra las palomas de las catedrales
atajan también a los ángeles.
Escucho aleteos contra la ventana.
Debo poner hilos verdes en la cabecera.
Hay luces y miedo.
Hay sombras en los párpados y un destello.
¿Quién me atenaza?
Mis muertos me jalan al abismo
me drenan, se me escurren por los huesos.
Curas la herida con piel de cebolla
para que no vuelva a sangrar.
El alma regresa no bien reconozco

el principio del tiempo
como resguardo del abrazo
y tú, allí, lo constatas.

Así como hay una imaginación sociológica, debe haber una amorosa. Carecen de imaginación quienes cavilan cómo ajustar al otro a sus propios cauces. Carecen de ella quienes tienen un amplio surtido de recursos eróticos; quienes juegan con la fragilidad, la coartada y los automatismos. Carecen de imaginación la lágrima y el reproche. Los pliegues están en el humor, la tolerancia y la representación —no en la autocomplacencia ni en la simulación. La imaginación emprende viajes a la memoria sin atarse con recuerdos. Pararse en otro lado —hasta con la misma persona, pero no decir a otros las mismas palabras, desde el mismo sitio. No puedes hacer nada en este proceso de ruptura y restauración que casualmente preside tu nombre. Yo tampoco. No importa la furia. La obviedad del método humilla, como la vulgaridad del sistema —y ser su destinatario, su víctima, su contraparte, lugar común de las expectativas. No me amparan los sinónimos de la complicidad. No es lo mismo jugar a los espías que esconderse juntos.

*

No somos posibles, si acaso probables.

Te vas y llueve, nieva.

No cae nieve o lluvia porque te fuiste.

Sucede que las coincidencias son las rimas del exterior con los textos de los días.

*

Ese día Dios hizo a las libélulas:
cristales de sal de mar
sonido de sapo (o de chicharra)
transparencia de río con gotas de aceite
equilibrio de chaman
alas de semilla
prisa de viento
nervios de tijera.

Con usura

forma orín el fierro, crecen los árboles sin flores.

Con usura

reina el frío, el rencor tiñe las miradas
y sólo el resentimiento hereda la intensidad de los
propósitos.

Prestanombres del corazón cansado

la yedra no se adhiere a los muros, no anida el colibrí
los ríos no son navegables, se lava en casa.

Con usura

quedas con un pie en los linderos,
sobre las mandas prometidas a mi cuerpo.

Cara costó la osadía que tal vez nunca recupere.

*

Y no están los tiempos, la verdad, para dispendios. Ni el
mundo con su halago ni todo el viento de febrero me
aligeran. Peno de ti, clamo, reclamo, sangro, me muerdo la
lengua. Ayuntado con mi ayuno, auspiciado por malos augurios
y acicateados por la ausencia aparecen tu nombre, tu oficio.
Me haces cosa a merced de mis delirios, me haces gente de la
que no suele estar contigo, me haces deleznable si me
hurtas, cosa mala.

Si te vas sin decir
que sabes cuánto te amo, cuánto te he amado
o que imaginas cómo llenaste el cuenco
ya nunca lo sabré.
Si te vas sin decir
que además de mi delirio
hubo floraciones, cómo saber
si queda en mí semilla
o si puedo emprender otros plantíos.
Si te vas sin decir que me has amado
te seguirán los fantasmas al exilio;
si te vas sin dolerte de este amor
marchitarán los abrazos y restarás al tiempo venidero
todo el que alguna vez quisiéramos haber tenido.
Si te vas sin desatar los lazos
viajarás con plomo en las botas y ropa empapada de congoja.
Si te vas sin despedirte
volará detrás de ti un pañuelo en alto
y será gaviota en todas las playas que visites.
Si te vas sin cerrar las puertas con cuidado,
el remolino quebrará cristales y bisagras.

Aparta los leños de la hoguera
para no incendiar los recintos que te acogen,
deja pendientes sólo en mis orejas
y tu nombre a buen resguardo en mis insomnios.
No me dejes llena de ti, llévate y devuélveme,

para poder abrirlas manos
y saber cuándo debe barrerse o abonarse
la risa en los jardines.

Podrías suponer que es sólo otro exabrupto. Podría serlo.

Podrías pensar que es un alivio. Lo es.

Podrías pensar que es una chingadera, tal vez lo sea.

Podrías no pensar nada.

Podrías luchar contra este sobresalto.

Podrías pensar que maquino algo. Es cierto.

Podrías suponer que tengo otros propósitos. Los tengo.

Podrías imaginar que procedo como tú. Así es,

no bien tiendes lazos, me toca a mí negarlos.

Podrías pensar que lograste llegar hasta aquí por cuenta propia.

Podrías pensar cómo, a pesar de pregonar lo contrario, resultamos ser todos iguales y es posible que así sea.

Podrías pensar que mentí siempre.

Podrías no creer en mí, tener la fe más ciega.

Yo, no podría no haberte amado. Ya no podría.

¿De qué hondura el bajial cuando se encharca tanto el agua?

¿De cuántos pasos la peregrinación para considerar la
devoción un buen resguardo?

¿De qué longitud el túnel que nos sacará del inframundo?

¿Quién ha contado las hojas del árbol, las palabras a solas
de los

amorosos, las varas de la escoba?

¿En cuál día se saludan el crepúsculo y la luna como
espejos?

¿Cuál la tensión que encamina los tordos a sus nidos?

¿Cuánto mar para encallar en tierra firme?

¿Cuánta luz en los ojos del desvelo?

¿Para qué tales cuentas, si Dios las ha encargado
ya a los grillos?

Recojo una pluma. La pongo junto a otra -fénix o pavorreal-
con borde de oro. Multicolor, moteada de negro en blanco.
Pájaros de los sueños: buho, garza, cigüeña, jícuri, fuego.
Mi verdadero amante tiene plumas. Se aleja con sonido de
abanico tensado. Queda la suavidad del plumaje sobre el
cuerpo, el temblor de las alas a mi espalda.

*

Uno espera, las esperanzas no se cumplen
y se cambia de nombre al lugar donde se aguarda.
Y llámese como se llame o coloquese donde se coloque
su condición es nunca ser cumplidas.
Espero ayer, espero hoy, renuncio, ¿a qué?
Sólo a que escuches los deseos pronunciados.

*

Les dieron el don mágico y equivocaron las palabras.
Sin resistir la tentación
tocaron la fuente del agua de oro.
Creímos que la ermita del camino
sería la montaña.
Las palabras que codicié como hambreado
fueron escuchadas
con demasiada vehemencia, demasiado descuido
como las oye el huérfano o el animal cimarrón acorralado.

OCURRENCIAS

Me ocurrió, sí.

Me sucedió.

No elegí, ni tú.

Cayó, inusitado como la lluvia temprana

como la plaga al jardín

como la rendija equivocada al colibrí

como el sueño:

no convocable, sin razón.

Me sucedió.

Me ocurrió, como cuando alguien muere

como cuando algo nos es dado

y luego, deja de estar allí.

Me ocurrió, como los accidentes

las maldades, los milagros,

las casualidades, los chubascos.

Eres acto fallido del corazón

soplo, falacia de la vida

equivoco, mil recuerdos ayuntados

inédito, todos los referentes sueltos.

Me ocurrió, me deja de ocurrir.

Estaba por allí, me cayó, me jaló, me robó.

Pero

haber sido capaces de contener el mar
o de surcar el aire en un jadeo.

Ahora el mar y el aire borran el retablo
donde me pinté dándote gracias,
con devoción digna de la Edad Media.

Las largas horas, ensimismado ante el fuego, concentrado ante el leño crepitante y el recuerdo, le dieron ojeras al tlacuache y brillo al fuego.

*

Las lágrimas no deben llegar al suelo o llaman muerte. Ocasionan diluvios, forman manantiales, hacen crecer peyotes, hinchon la tierra o salan la memoria.

Esáas por llegar, llegarás, llegaste.
Estás por llegar. Pero el tiempo no te anuncia.
Llegaste. Vuelves con la luna llena.
Dejaste de ser el volantín del sueño
carrete de los ventarrones.
Llegarás. Escribo hacia ti
nostalgia pavorreal que no puede llegar.
Llegaste. Tengo en ascuas el trozo
de alma apegado todavía a tu nombre.
Prendo velas al insomnio y la impaciencia,
pago la cuota de haber vivido en ti.
Hoy entiendo la muerte de mi abuelo,
la vejez de mi padre,
el silencio de Pound.

Se me llena la vida de quehaceres.
Llegaste y no importa.
Cuenta el tiempo perdido, sin madeleines,
no la sangre que aún moja y mancha
el corazón frágil,
el desasosiego del domingo.
La soledad sucede los domingos.
Las metas son las hormigas de la ambición.
Queda una semana o dos, un mes o dos:
queda el resto de la vida.

Pagaría cualquier precio por haber vivido la
vida que viví amándote.

George Eliot

Y fue al poniente, al oriente, al norte, al sur
en busca de la prenda que lo tenía enhechizado.
La mujer escuchó el eco del llamado, pasó las cuentas,
cuidó que no se enredaran las hebras del bordado,
prendió el fuego y pidió con aromas su retorno.
Cuidó que fluyeran los relatos de las noches,
que no se pegara en el fondo de la cazuela el guiso.
Cuidó como cuidan quienes esperan,
hizo un nudo por cada día transcurrido,
se hizo cargo de los hijos.
Supo que no volvería.
Nunca sería entero, nunca hallaría la parte
faltante para quebrar aquel hechizo
y se convirtió en piedra negra
al escuchar las voces de la tentación;
tomó pociones que le hicieron perder toda memoria
y sacó de sus oídos
los murmullos del recuerdo
zumbando desde la distancia en la montaña
donde se mantenía prendido el fuego
donde fluye aún la savia
donde se bifurcan los caminos,
y los cuervos trazan mensajes sobre el cielo.

El amor conoce nuestros pensamientos
adivina nuestros temores
colorea nuestras necesidades
responde a palabras no dichas
hace inventario de nuestras ternezas
y nuestros sacrificios.
Su canoa navega en aguas conocidas
es ave en nuestro aire
es llamado de insectos que quiebra la barranca
calor que cerca la piel contra la ropa.
No morir de incertidumbre, ni como el mirlo ciego.
Quiero escuchar lo que jamás dirás ni dirías.

Las grullas son símbolo de amor.
Una línea en la cola
y abarca con sus alas las vetas
de la estampa en la madera.
Un plato persa, un ensueño:
la huella de la pata del coyote es una flor.
El zopilote adorna su cuello con sartas de chaquira.
Mi verdadero amante tiene plumas.

ÍNDICE

MERA COINCIDENCIA

Proporción áurea

Mera coincidencia

Pasajeros todos

Niégate a la mujer araña y sus maniobras...

Era insólito...

Apenas me asomé por tu alacena...

Hablo con todos. Nadie atribuye...

Tienes la pereza...

Maldigo darte sombra en descampado...

Désenos ritmo y encontraremos tiempo...

¿Qué hay entre nosotros?

La olla limpia. Dentro, hierve...

No tener nada del otro sino lo que accidentalmente se olvida

Boca del infierno...

Mi atuendo es bisutería tintineante...

DE NUEVA CUENTA

I. *Como mariposa, quemada por amor a la candela*

II. *Mensajero del cuervo, se dice de quien llevó un recado y no regresa*

III. *Lo inesperado, además de lago sobre lago, es el júbilo*

IV. *Estar como granizo en albarda*

V. *Estar sin ti es la soledad*

VI. *En una misma semana se celebran la Virgen de los Remedios y la del Consuelo*

Cabo de año

Feng: abundancia/rayo sobre fuego

Chin: progreso/fuego sobre tierra

Profecías. 1985

Leunar

TAMBIÉN EN SAN JUAN HACE ADRE

También en San Juan hace aire. Fragmentos de diario
y homenajes

Al modo egipcio/Día de San Juan

¡Que encontrara en ti una grieta por donde escurrir...

Duelo

Caigan los collares, callen los mirlos...

Limpia

Caiganse los cielos...

Soy incapaz de recoger mis pasos en tu piel...

Los grillos cuentan una parte de la historia...

Si nos fuera dado narrar...

Renuncio al plato de lentejas...

Flaco orgullo no abdicar...

El interior de un árbol...

Otra limpia

Así como hay una imaginación sociológica, debe haber una
amorosa...

No somos posibles, si acaso probables...

Con usura...

Si te vas sin decir...

Podrías suponer que es sólo otro exabrupto...
¿De qué hondura el bajial cuando se encharca tanto el
agua?...
Recojo una pluma. La pongo junto a otra...
Ocurrencias
Pero...
Estás por llegar, llegarás, llegaste...
Y fue al poniente, al oriente., al norte, al sur..
Las grullas son símbolo de amor...

Esta obra se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1999,
en los talleres de Litoarte, S.A. de C.V.,
San Andrés Atoto 21-A, Col. Industrial Atoto,
Naucalpan, CP 53519, Estado de México,
con un tiraje de 2 000 ejemplares
Cuidado de edición y diseño de portada:
Dirección General de Publicaciones del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes